




SE HACE “UNO CON ELLOS”



Jerónimo asume a los niños como “hijos”. Asume una presencia constante y real, en las buenas y en las malas. Su “presencia” es el primer elemento pedagógico valioso, insustituible y constructivo.

Asume sus vidas totalmente: alegrías y penas, sufrimientos, éxitos, pecados, logros y fracasos. Se hace uno con ellos, asume realmente al niño, a este niño en particular, como si fuera el único abandonado y el único desamparado del mundo; pero sin parcializarse, sin discriminar a nadie, abierto a todo dolor y a toda explotación humana.

Los defiende, siempre. Se defiende a lo que se asume como propio, único y exclusivo. Es el mismo Evangelio que nos lo recuerda: “nadie tiene amor más grande de quien entrega su vida por el otro”.

Es un proceso lento de asimilación: permito al otro entrar en mi vida, definitivamente. Supone una actitud básica de comprensión y de aceptación total. Es un compromiso que Jerónimo traduce con una tajante afirmación: “Vivir y morir con ellos”, eso es, ir hasta las últimas consecuencias. Evidentemente, todo esto exige un manejo adecuado de los propios sentimientos y de la propia afectividad, exige una presencia de amor que construye y que da seguridad, exige disponibilidad y tolerancia.

